

# NOTAS

21

22

23

24

## LAS AFECCIONES DESORDENADAS

Dios crea al hombre como un ser relativo al universo. La conciencia que la criatura tiene de esta relación le permite saber qué puesto ocupa en tal concierto, lo cual significa encararlo frente a su propia historia y, más aún, frente a su intimidad.

Castigado por el pecado original, vaga por el mundo encerrado en un cuerpo corruptible al que debe vencer si pretende la redención y así recuperar los bienes perdidos. La ganancia del paraíso —conciencia plena de la divinidad— es volitiva, y el hombre puede, de hecho, apetecerla o rechazarla. En esta selección, sujeta por el libre albedrío, existe la dialéctica cristiana del bien y del mal. Mas para elegir debidamente, el hombre debe saber apoderarse de los elementos indispensables que le permitan la amplitud necesaria, a fin de no desmayar en la lucha y ser vencido. Pero en vista de que el enemigo es poderoso, será preciso preparar la batalla con detenimiento y cautela, pues la más mínima falla habrá de despeñarlo hacia la ignorancia, que es la puerta, el dintel de la condenación.

Como sólo los elegidos triunfan, Ignacio de Loyola no puede (después de recoger, por revelación, la verdad) dejar que la humanidad se destroece por falta de una certera maduración espiritual; de una enseñanza justa. Por eso, aprovechando el conocimiento que tiene de su vida anterior al momento en que Dios lo ilumina, decide lanzarse a combatir el mal “por su parte más flaca”, tal y como lo haría “un capitán y caudillo del campo” con un castillo al que debe asaltar, sin exponerse a descubrir, frente al enemigo, sus muy atacables y propias debilidades.

La única forma del triunfo es ejercitar el espíritu, vigorizarlo. Es menester dotarlo de las armas indispensables para que, adiestrado en esta peculiarísima aventura, no falle en el asalto. Ignacio de Loyola, el soldado, no quiere andarse por las ramas. Consciente de que habla para una cristiandad amenazada, de que lo hace, además, para un pueblo que tiene en sus manos los destinos del hombre, va directamente a su objetivo, y sabe, en el fondo, que no habrá de fallar. Escribe por tanto un libro en el que desde un principio deslinda su problema, que consiste en buscar, a costa de todo, lo que él llama “la salud del ánima”.

Así pues estamos colocados frente a un tratado de medicina espiritual, uno de los más estrictos que en rigor se hayan escrito nunca. Pero ¿qué importa lo arduo de la empresa, si el resultado es matar

el germen que provoca la enfermedad mortal? Ignacio de Loyola ha nacido en un momento favorable, y no lo ignora. Al contrario, redactar los *Ejercicios espirituales* no es sino intentar dotar al hombre de salud que significará, en última instancia, claridad de conciencia. Tal transparencia consistirá a su vez en comprender que ha sido creado "para alabar, hacer reverencia y servir" a la divinidad.

Pero como ser cristiano implica llevar en sí mismo el mal y la cura del mal, Ignacio de Loyola comprende que para "hallar la voluntad divina" será necesario aniquilar, una por una, todas las "afecciones desordenadas" que el hombre arrastra en el transcurso de su vida. Estos ejercicios (semejantes a los corporales) son, como puede verse, una nueva y violenta ascética consistente en derribar cualquier obstáculo que se presente entre el ser humano y su propia salvación. La memoria, la inteligencia, la voluntad (soportes íntimos, intransferibles de las almas) se aúnan al método ignaciano, que no es sólo examen de conciencia, sino camino donde la conciencia se examina.

Si atendemos a la arquitectura formal del libro, inmediatamente nos asalta la precisión con la cual está organizado. Tiempo y espacio tienen aquí una ingerencia fundamental, y el hombre —inmerso en estas categorías, preso en ellas— puede, si lo desea, ponerlas —paradójicamente— a su servicio. Es así que para lograr la salud del espíritu se requieren, según Ignacio de Loyola, cuatro semanas en donde cada instante quedará aprovechado en la consecución del bien. En cuanto al espacio, consistirá en *modos* del espíritu que lo hagan responder al objetivo propuesto en un principio. Tales modos son, en lo fundamental, el retraimiento, la soledad, el esfuerzo del ánimo por acercar la presencia divina al espacio terreno.

Las semanas quedan repartidas en relación a los diversos menesteres, previa, meticulosamente analizados por el reformador. Loyola destina la primera a lo que él llamaría la "consideración o contemplación" de los pecados, o sea, la parte dañada del individuo puesto en cura. *Considerar* podría entenderse como urgar o investigar. *Contemplar* como un darse cuenta y sacar conclusiones de esa investigación previa con el objeto de atacar. Las otras tres semanas estarían dedicadas a repasar los Evangelios, es decir, la vida de Cristo, incluyendo, como es natural, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión. Obvio es el objetivo: se intenta así una comparación por medio de la cual el hombre se verá a sí mismo en relación a su creador. Este cotejo —desfavorable a todas luces— iluminará el tamaño del hombre y lo colocará en posición de entender la medida que alcanza dentro del universo. Loyola en esta forma pretende romper, de una manera categórica, con la raíz de todo mal, que es la soberbia; alejarse,

así, de la errónea medida que de sí mismo ofrecen el orgullo, la vanidad y el amor propio. Al engranar al hombre en esta escala en donde todo queda en su justa disposición, ya no habrá otro remedio que enfocarse a sí mismo legalmente, lo cual es tanto —según dice el asceta— como “disminuirse”.

Reducido a lo que es, al hombre lo asaltan de inmediato preguntas capaces de trastornarlo ontológicamente, porque ¿qué es el ser humano en relación a los demás, es decir, al prójimo? ¿Qué es en relación a las jerarquías celestiales: ángeles y santos? ¿Qué es, en fin, frente a Dios? Por otra parte se le inyecta el conocimiento de su soledad, de su incapacidad en el mundo, de su destierro. Se le repite, una y otra vez, que habita un cuerpo corruptible y que, bien visto, todo él no es sino “una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña, tan turpísima”. Mas el acierto consiste en comprender al hombre, no como especie, sino como individuo. Loyola, en este aspecto, está muy lejos del cristianismo medieval. Sabe que cada ser humano posee una medida única, inconfundible e intransferible, y que ella condiciona, al mismo tiempo, su obligación y su derecho frente a Dios. No es de extrañar, por tanto, que los *Ejercicios* abunden en pormenores relacionados con esta distinción juzgada como primordial. Loyola, como padre amantísimo, no ignora que quienes se sujetan a su método son todos diferentes entre sí. Por ello, “como unos sean más diligentes que otros, más agitados o probados, de diversos espíritus; requiérese algunas veces acortar la semana, y otras veces alargarla”. En esta suerte de maleabilidad se perfila el genio de la Contrarreforma y del cristianismo ortodoxo moderno, entendido como adecuación a la historia, dentro y en la historia, ya que ése, y no otro, es el espíritu de la Compañía de Jesús. Y una vez reducido el hombre a sí mismo, Loyola le aconseja entrar a ejercitarse con “grande ánimo” para no fracasar.

Pero así como existe una arquitectura formal (valga la expresión), hay al propio tiempo otra de orden interno, no menos cuidadosa y sabiamente dispuesta. Es natural que esto ocurra cuando el primer paso, o sea la colocación del hombre frente al universo y frente a Dios, ya se ha logrado. Si el pecador se presta a hacer un examen general de conciencia, tropezará en seguida con un orden íntimo que, de acuerdo con el método ignaciano, presupone tres formas de pensamiento: “es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos, que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu, y el otro del malo”. De esta manera el hombre, dotado de libre albedrío y de voluntad, puede, por estos medios, rechazar y aceptar alternativamente las fuerzas que le vienen del exterior, bien sean

positivas o negativas. Todo en principio queda relegado a los propios recursos, aun cuando exista la relación hombre-Dios ya dada de antemano. Pero lo cierto es que dentro de ella hay una libertad de movimiento, de expresión, podría decirse. Por ello precisa el hombre atisbarse, espiarse, pues el mundo es contaminación, engaño, traición.

Loyola supone a la enfermedad del espíritu como un germen que desordena el ánimo y lo envilece. En el examen de conciencia queda implicado el mecanismo de esta enfermedad, el seguimiento de cada uno de sus movimientos. Por ello los *Ejercicios* enseñan que hay dos maneras de pecar mortalmente: cuando se consiente el pecado y cuando se lleva a efecto. Es como si pusiéramos bajo el microscopio una célula sana y, al lado, el microbio que la hará su presa. La relación se iniciaría no en la unión o encuentro de los dos, sino en la posibilidad de tal choque, a sabiendas (en el caso del alma) de que en tal acto está su destrucción.

Como se ve, el método ignaciano va de lo general a lo particular, y así constriñe al individuo a un esfuerzo mental poderoso que, a la larga, será fecundo. Pero la enseñanza no es, ni mucho menos, algo teórico. Por el contrario, se sabe que no sólo "el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente". En los *Ejercicios* se equilibra el conocimiento teórico con el otro, que bien puede ser sensorial o imaginativo. Loyola hace referencias constantes a la "vista de la imaginación" tan importante, en todo caso, como la que funciona ante la realidad sensible. El libro se apoya por tanto en aquellos recursos que aparecen y son juzgados como legales. En este sentido, no es de sorprender que sus páginas (algunas, sobre todo) sean fuertemente plásticas, como cuando dice de Satanás que hay que "considerar cómo hace llamamiento de innumerables demonios y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dexando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular". Lo mismo ocurre cuando compara las esferas divina y humana. En ocasiones, sin ningún esfuerzo por parte del lector, ocurren a la mente —por comparación— ciertas escenas de la vida de Cristo o de la Virgen, pintadas por el beato Angélico: "Después de dominar lo que hacen las personas sobre la haz de la tierra... [debemos ver] lo que hacen el ángel y Nuestra Señora, es a saber, el ángel haciendo su officio de legado, y Nuestra Señora humiliándose, y haciendo reflectir gracias a la divina Majestad."

¿Cómo no responder a una tan fascinante, tan inusitada enseñanza? Loyola no parece dirigirse a un auditorio conocido o desconocido; no —en suma— a un auditorio, sino a un hombre solo, a un individuo al que ha tratado previamente y del que sabe gustos, preferencias y

debilidades. Por eso, una vez que logra seducirlo, se siente con la fuerza suficiente —que es poderío— para castigar físicamente, por medio del nuevo tipo de meditación, al enemigo. El momento (la batalla con el propio cuerpo) podría considerarse como el asalto mismo del castillo. Se dictan entonces una serie de sentencias para mortificación de la carne; se establecen torturas que obliguen a un “intenso dolor y lágrimas”. Hay que “castigar la carne... dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios o sogas o barras de hierro sobre las carnes, flagelándose o llagándose, y otras maneras de asperezas”. En esta forma —si algún residuo de soberbia quedara— el castigo romperá con la ponzoña, pues el sistema humilla al cuerpo y descansa al espíritu. Porque el hombre está “desterrado entre brutos animales” por pecados congénitos que lo hicieron mortal.

Aunque no excesivamente largo, penoso en cambio parece el proceso ascético ignaciano. La meta, en cierto sentido, es un engaño, porque puede lograrse a cada instante y perderse con relativa facilidad. Ser cristiano es vivir alerta (como el ángel pintado al fresco en uno de los laterales de Santa María in Porta Latina, en Roma) y llevar prendidos ojos por toda la piel. Hay que vivir empeñado en la tarea de redimirse volviendo una y otra vez la mirada a la intimidad, lo cual equivale a ser permanentemente consciente de las postrimerías, de lo que en el hombre hay de corrupto, vil y pequeño en relación con la grandeza de la divinidad. ¿Quién no ve en este cuadro lo que andando el tiempo habrá de llamarse el ser barroco?

Tomar el castillo del que habla Loyola es vencerse a uno mismo; lenguaje nuevo, por cierto, que pasma y maravilla al hombre del siglo xvi. Pero tal victoria conduce a la única forma posible de vida: la de saber que el hombre ha sido creado para alabar a su creador y practicar este conocimiento. Lo curioso, como ya iremos comprobando, es que cada una de las figuras seleccionadas para aclarar esta investigación propondrá como *única* la vía o norma de vida que ilustra, o no, con el propio ejemplo.

No es desatinado deducir que el libro, violento en forma y contenido, captó plenamente la energía religiosa que —por decirlo de algún modo— flotaba en el espacio. A manera de antena poderosa, Loyola atrapa el dogma medieval y, respetándolo, aprieta las tuercas y limpia de polvo y paja la vieja estructura que lo envuelve. Los *Ejercicios*, en la medida en que las comprenden, ordenan y matizan las vivencias religiosas del ser español. Pero la singular inteligencia de esta concepción consiste en que el sistema, fuertemente provinciano, se trasmuta en universal, y así, enfrentándolo a la Reforma, enriquece el mundo de la cristiandad. Se explica entonces la resonancia que el

libro tuvo, no sólo dentro de la vida religiosa, sino de la vida en general. Bien podría decirse que a partir de la muerte de Loyola lo "ignaciano" se afirma como una manera de ser que el hombre tiene ante la historia.

Los *Ejercicios* son de un pragmatismo rabioso. Nada hay aquí que no esté ordenado hacia la consecución de un bien espiritual. Como característica primaria del Renacimiento español, lo portentoso hinca los dientes de peculiar manera. No consiste en traer a la imaginación el infierno metafísico o la gracia divina; tampoco en sorprender —para impresionar y sujetar con efectos y recursos poderosos— a un pueblo ávido de novedades, pues tal actitud, en todo caso, habría de atribuirse a los continuadores, al jesuitismo en general. Lo portentoso estriba en rastrear la conciencia del hombre, en enseñarle que tal búsqueda es la única vía de autodomínio. En decirle que, si bien es cierto que el hombre recibe y debe de pagar, también es verdad que Dios con él se obliga, porque "el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que no tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante". Lo portentoso sería abolir las "afecciones desordenadas" por medio de un sentido práctico de la realidad, que es, para el asceta, relación del hombre con la divinidad.

Los *Ejercicios* son el advenimiento del cristianismo ortodoxo al mundo moderno. La propuesta consiste en una fluctuación en vez de la tradicional parálisis de formas; en ductibilidad y no intolerancia respecto al juicio que ofrecen los linderos de la intimidad. Aquí se exalta al individuo y se aniquila al rebaño dispuesto a obedecer, ciegamente, la orden superior. En los *Ejercicios* el mundo jerárquico medieval sólo se respeta en la medida en que sirve para explicar —al pueblo— ciertos matices del espíritu que no se entenderían sin esa gráfica heredada, tan fácil de visualizar. Pero en el fondo se derrumba al aceptar a la conciencia como única sede del bien y del mal.

Desde ahora al cristiano le será compatible el infierno con un contento interno de pecados, o el paraíso como un conocimiento relativo a sí mismo y, por ende, graduado de la divinidad. Todo queda en sus manos. De él, más que nunca, depende la salvación, porque el libre arbitrio (libertad de voluntad de elección) va más allá de todo lo apuntado por la historia de la religión. Ignacio de Loyola refuerza y apuntala la voluntad humana, que en esta forma "obliga" a la divina a restituirle la inmortalidad.

SERGIO FERNÁNDEZ